

APUNTACIONES SUELTAS DE VIAJEROS ILUSTRADOS

Miguel Angel Lama

Profesor Titular de Literatura. UEX.

El viaje, asociado a la ampliación del conocimiento humano, es en el siglo XVIII objeto de pasión y de acción literarias. Viajar por los libros como los viajeros animaban a los lectores de aquel siglo constituye una experiencia de recreación que para un lector actual puede ser una nueva forma de entrar en una literatura que a veces se considera en exceso alejada de nuestra sensibilidad de hoy.

Este "cuento" propone un itinerario por una antología ejemplar de textos dieciochescos que son expresión del ideal viajero del siglo ilustrado.

Leandro Fernández de Moratín, Cadalso, Laurence Sterne, Jovellanos, Blanco White, "El Pensador"... propician un paseo que no tiene final. En su sola ejecución está su sentido.

No me atrevo a atribuir a la casualidad que cuando hace unos años llegó a casa un amigo con una carpeta llena de textos de viajeros ilustrados yo estuviese leyendo el pensamiento XIX de Clavijo y Fajardo que lleva por título *Utilidad de los viajes*. En él, *El Pensador* dice que los viajes dilatan por precisión las facultades del alma, la apartan de muchas preocupaciones nocivas al bien de la sociedad, y la hacen conocer puntos fundamentales de observación y de conducta, que no llegan a nuestra noticia, cuando no salimos del rincón en que hemos nacido, o cuando sólo conocemos a los extranjeros por los libros. Algo que, evidentemente, debo aplicarme. Clavijo dice que un viajero debe andar siempre con la combinación en las manos, es decir, observar el gobierno de los Pueblos por donde pasa y enterarse de los varios sistemas de legislación, de que proviene la discrepancia de las Naciones; pero también dice que no son muchos los viajeros con esos objetos, pues hay otros que no se han tomado el trabajo de conocer su propio país antes de ir a visitar los extraños. Y a la exposición de varios malos ejem-

plos dedica unos párrafos diciendo que ridiculeces así se encontrarán en los viajeros mientras éstos ignoren que para instruirse no basta ver tierras, y que es necesario saber viajar, pues para observar se necesita tener ojos, pero para observar bien, discernimiento. Así deben observar los viajeros, nos dice, en cada uno de los ramos a que se les destine o a que los conduzca su genio, y entonces nadie habrá que pueda dudar de la utilidad de los viajes. Pero así como éstos serán entonces esencialmente útiles y aun necesarios, así también deberá ser uno de los primeros cuidados que los viajeros no sean muy jóvenes. Las observaciones que hacen los hombres antes de tener maduro juicio o son poco exactas, o se dirigen a objetos frívolos. Para conocer lo que hay en los países extranjeros es forzoso saber antes lo que hay en el nuestro, raciocinar con solidez y poseer un espíritu de reflexión que, rara o ninguna vez, se encuentra en los pocos años.

Con pensamientos de éstos andaba yo al llegar a casa mi amigo, ilusionado por recorrer juntos lo que consideraba él un estupendo hallazgo. Bastó un primer ojeo para desengañarle, pues aque-

llos papeles eran anotaciones de diversos textos de viajes bien conocidos de autores principales del siglo dieciocho. Le enseñé ediciones modernas de las cartas de Cadalso y de Leandro Moratín, del *Viaje a Italia* de éste, del diario de Jovellanos, de las *Cartas sobre Inglaterra* de Blanco, y fotocopias de las *Cartas familiares* de Juan Andrés, textos todos recogidos en los folios que mi amigo traía como si hubiese descubierto la Sinapia. Para no minar más su ilusión, le propuse que leyésemos juntos algunos fragmentos y revivir así experiencias tan ajenas en un viaje compartido en la lectura. Dijo el maestro Feijoo que no es dudable que la diferente temperie de los países induce sensible diversidad en hombres, brutos y plantas, y estimo yo que buscar la confirmación de tal cosa es la que movió a algunos de nuestros corresponsales literarios a coger petate y marchar a conocer de manera directa las diferentes costumbres de los países allende nuestras fronteras. Yo, que nunca me he movido de esta ciudad, junto a mi amigo recorro en la lectura de estas cartas lugares diversos a través de los ojos de quienes consideraron el viaje como medio esencial de conocimiento e instrumento de investigación de la naturaleza humana, gracias al cual y al cabo de la vida —en el instante en que el hombre se recoge sobre los pasos dados— se conocen más a sí mismos, o, como decía *El Pensador*, de vuelta de su giro, conocen mejor su misma nación.

La seguridad primera que mostré a mi amigo al indicarle la procedencia de la mayoría de aquellos textos se vino abajo con la sorpresa de leer que

un fragmento del diario de Jovellanos iba incluido en una carta dirigida a un misterioso Querido M.: Ponderas las páginas de mi diario como si fuesen literatura y ya que me lo pides, te envío extracto de unas del domingo 17 de noviembre de 1793. *Amanece un día bellissimo. Nos dice misa un frailecito que pasa a León, asturiano, y de Valdesoto; es franciscano. Nos hemos desayunado y arreglado el correo que escribí ayer, así a Castilla como a Asturias. Vamos a continuar el trabajo, para el cual todo está pronto. Continúanse las medidas por detrás del pueblo. Dificultad de bajar al camino, advertida por mí, negada por el arquitecto, demostrada por los prácticos y reconocida por todos. Necesidad de nuevas medidas, en que se gasta la mañana. A comer; dispónese entrar el camino por el pueblo; enorme desnivel que resulta desde el sitio en que señaló el puente; son cincuenta pies de desnivel en quinientos noventa y tres de distancia; propongo un revoltón. Dudas de Reguera. Resuelve bajar el puente y caer en línea recta al camino del lugar, con una bajada de un pie en quince; luego penetrará por el lugar, donde deben caer dos o tres casitas, y salir al camino viejo.*

Día completamente bueno. ¡Qué escenas tan sublimes! ¡Qué montañas tan augustas! Todas se ven como unos enormes trozos derrumbados de las más altas. En las inferiores el monte de Valgrande, poblado de hermosas hayas. A la derecha se descubre la garganta del puerto de la Cubilla, cuyas dos cimas levantan a lo lejos su cresta. Más acá, pero frente y a la izquierda de nosotros, el gran pico que está sobre la de la La Perruca (observaba yo desde la ería que está sobre Pajares, y a la espalda). La Collada no deja ver la altura del Argayo, que es elevadísima, pero

lo es también la del Fayedo. Los de Pajares labran de pan esta ería y la alternan con habas. Otra que está bajo del pueblo, de pan y maíz. Estas tierras dan a fuerza de abono, y le hay en abundancia, a fuerza de porquería, porque todo el lugar es un estercolero. Las peñas que descubren las montañas son todas de arena con vetas de cuarzo, o bien sea espato cristalizado (pues no sé distinguirlos): su color es negro, ceniciento y rojo encendido, y todas están dispuestas en grandes tongadas perpendiculares, de forma que, asomando a ciertas distancias, parecen grandes cercas tiradas para cerrar los terrenos que median de unas a otras. Conócese que las aguas han cortado estas tongadas, unas veces transversalmente y otras, corriendo paralelas a su dirección, han abierto cañadas entre ellas. Mi dictamen es que los volcanes desbastaron la primera forma de estos terrenos y después los labraron las aguas.

Sin duda, alguien había copiado este fragmento del diario del escritor asturiano como carta imaginaria y había logrado captar mi atención y encender las sospechas sobre la procedencia de la carpeta que traía mi amigo. Continuamos leyendo y en los folios siguientes encontramos algo ya conocido. La reproducción de una carta que Cadalso dirige a Tomás de Iriarte desde Montijo en 1774 en la que se lee que en un globulillo compuesto de sólido y líquido que anda dando vueltas alrededor del grande y único lumínar, hay una pequeña parte llamada Europa, habitada de unos bichillos sumamente despreciables que se llaman hombres. Una porción de la tal Europa, casi inculta y despoblada, se llama España. De la tal España una provincia se llama Extremadura, síncope de extremadamente dura,



El modo de viajar en España (del Viaje Pintoresco).

nombre que le conviene perfectamente por su suelo, clima y carácter de sus habitantes, famosos por haber aniquilado muchos millones de semejantes suyos en otra parte de tal globulillo llamada América. En dicha Extremadura u Extremamentadura hay un montón de chozas medio caídas con nombre de Montijo. En el Montijo hoy unos animales de dos pies, sin pluma, que llaman hombres, porque en lo exterior se parecen algo a los hombres de otras partes. Entre los tales hombres, o lo que sean, del montón de casas caídas que llaman Montijo de la provincia Extremamentadura del país inculto y despoblado que llaman Europa, menos parte de las cuatro que componen el globulillo compuesto de sólido y líquido que anda dando vueltas alrededor del grande y único lu-

minar, vive un ente de tan extraña constitución que no puede explicarse sino poniendo aquí la distribución de su vida, que es como sigue:

Muy temprano le despiertan sucesivamente el canto de un gallo, el rebuzno de un burro y el martillo de un herrador. Alguna vez se aumenta esta música con el chillido del niño que llora azotado por su madre, o el de la mujer apalenda por su marido, o el de un muchacho descalabrado por una pedrada que otro le tira. A esto se sigue estarse dos horas en cama a ver si puede dormir, y se levanta sin haber dormido. A esto se sigue llamar a otro animal semejante al mismo, que le sirve porque le paga, y a quien paga porque le sirve. A esto se sigue que el tal, a fuerza de quemarse la lengua, goznate y paladar, toma por

primer alimento un mejunje negro hirviendo, soplando y sorbiendo con mucho trabajo, compuesto de canela, cacao y azúcar, desleído en un poco de agua... Entre otras cosas que hacen decir a Cadalso que si su buen amigo Iriarte tiene algún otro colocado en estado parecido a ése, que le tenga tanta lástima cuanto cariño tiene el propio Cadalso a Iriarte y a sus hermanos.

Laurence Sterne mantiene que no hay nada tan agradable para un viajero, ni tan terrible para los que escriben de viajes, como una extensa llanura y que no ofrece a la vista más que un panorama invariable de riqueza; porque después de decir que es algo delicioso o encantador, se encuentran con una inmensa llanura entre las ma-

nos y no saben qué hacer y no les sirve más que para llegar por ella a alguna gran ciudad, y esa ciudad para pasar a la llanura siguiente; y así siempre. Y decía mi amigo que si aquello de la llanura inmensa no podría relacionarse con el viaje de la escritura, pues el del *Tristram Shandy* se las traía. Y cavilaba mientras leíamos: *En qué medida mi pluma se ha fatigado, como las de otros viajeros, en este su viaje por un terreno tan estéril, —eso es algo que el mundo debe determinar;—pero las huellas que ha dejado, que en este instante están vibrando y resonando en mi memoria todas juntas, me dicen que ha sido el período más fructífero y atareado de mi vida; porque como no había establecido trato alguno respecto al tiempo con el hombre de la escopeta, —conseguí, —a base de pararme a hablar con todo el que me encontrara y no fuera a un trote excesivamente veloz, —de alcanzar a los grupos que iban delante de mí, —de esperar a todo el que iba detrás, —de saludar a los que llegaban por los atajos, —de detener a toda clase de pordioseros, peregrinos, violinistas, frailes—de no pasar jamás junto a una mujer encaramada a una morera sin alabarle las piernas y tentarla a un poco de conversación con un pellizco de rapé; — en suma: a base de echar mano de todos los asideros, cualesquiera que fuesen su forma y su tamaño, que el azar me fue brindando a lo largo de este viaje.—Conseguí, digo, trocar mi llanura en ciudad.—Nunca me faltó compañía, y bien variada la tuve además; y como mi mulo era tan sociable como yo y por su parte siempre tenía algunas proposiciones que hacer a los animales con que se cruzaba, —estoy seguro de que ya podríamos haber empleado un mes entero en atravesar Pall Mall o St Jame's Street, que no habríamos corrido*

tantas aventuras—ni visto tanto de la naturaleza humana.

Sterne distinguió en otro lugar que se viaja por enfermedad, por imbecilidad, por necesidad o por ahorro, y que así, más o menos, los viajeros se dividen en ociosos, curiosos, embusteros, vanidosos, melancólicos, delincuentes, inocentes, simples viajeros y viajeros sentimentales, especie esta última en la que se incluía él mismo.

Después de esto, recorrimos juntos mi amigo y yo varias ciudades italianas de la mano del autor de *El sí de las niñas*: la buena ciudad de Bolonia, donde se vive como se quiere sin riesgo de que nadie se escandalice; Florencia, en cuya iglesia de San Lorenzo nos detuvimos. Allí está la famosa biblioteca de manuscritos, llamada Médico Laurenciana; el número de volúmenes que contiene pasa de cuatro mil, los hay entre ellos muy curiosos y antiguos, la mayor porción es la de Santos Padres y Expositores. El salón de la librería no tiene estantes, a un lado y otro hay dos filas de bancos, cuyos respaldos por la parte exterior están en forma de atriles, y allí están los libros, asegurados con cadenas y cubiertos con un paño o cortina, de suerte que el que está sentado, por ejemplo, en el banco número dos, tiene delante de sí los libros que están en el atril que forma el respaldo del banco número tres; a la esquina de cada banco está pendiente una tablilla con el índice de las obras que se hallan en él, lo cual es muy cómodo para el público. También el Nápoles de las incalculables putas que no llegan, sin embargo, a las de París ni Londres, el de la intolerable greguería, el de la frívola nobleza; y Pompeya. No es posible caminar por aquel paraje sin una especie de entusiasmo que todos aquellos

objetos inspiran. Este era el teatro; aquí se acomodaba el pueblo, allí la nobleza; por allí salían los actores; aquí se oyeron los versos de Terencio y Plauto; este recinto sonó con aplausos públicos, los hombres desaparecieron, y el lugar existe. Este era el templo, allí está la inscripción, allí las aras; las paredes anuncian todavía en pinturas y estucos los atributos de la deidad. Aquí se degollaban las víctimas; aquí, escondidos los sacerdotes, prestaban su voz a un modo simulacro, y el pueblo, lleno de terror, creía escuchar la divinidad misma, anunciando a la ignorancia humana los futuros destinos. Esta es una calle, empedrada está como las de Nápoles, con lavas que ha vomitado ese volcán vecino, a un lado y otro hay ánditos para que pase el pueblo seguro de los carros, aún se ven las señales de las ruedas. Veis aquí las tiendas, allí se vendieron licores; la insignia que está a la puerta, la señal que ha dejado el pie de las copas sobre el mostrador, y las hornillas inmediatas para tener caliente la bebida lo manifiestan. Allí hay otra donde se vendían priapos, la insignia está esculpida sobre la puerta, allí está el aparador, repartido en grañas, donde se exponían estos dijes a la vista pública. Estas son casas de gente rica, éste es el pórtico, sostenido en columnas de ladrillo revestidas de estuco, con decoración dórica; allí está el patio, con la galería que le rodea; estancias pequeñas, altas, con mosaicos en el suelo y pinturas en las paredes; el baño, la estufa, con pared hueca, por donde se comunicaba el calor; el jardín, la fuente, la bodega con grandes cántaros, la sala de conversación, la de comer, la alcoba, el poyo donde estaba el lecho; pinturas voluptuosas por todas partes, triunfos de amor. Veis allí los sepulcros que erigió la patria agradecida a sus hijos ilustres, la inscripción anuncia sus nombres y su ca-

lidad, allí reposan sus cenizas. Qué silencio reina en todo el contorno. Qué soledad horrible. Y todavía el Vesubio arroja llamas y retumban sus cavernas con rumor espantoso.

Leíamos con delicada pasión aquellos fragmentos de relatos, al ritmo sosegado de quien hace el camino al amparo de avezados zapadores, de los curiosos viajeros de aquel tiempo. Y de nuevo la sorpresa de un texto solapado en otro texto como carta a Amado M.: Tengo casi por error la escritura de estas líneas, pues ellas te permiten conocer por mí y por mis experiencias y razones lugares y costumbres que te son ajenos. De tal manera que tu curiosidad queda colmada y tus conocimientos se agrandan sin necesidad de moverte de tu sitio. Posible es que sea ésta la última carta que recibas desde Londres. Proyecto abandonar esta ciudad y buscar acomodo —no, no creas que vuelvo a España— en alguna pequeña villa cercana que me permita aislarme de ciertas inquisiciones. Al hablarte de la vida del campo en Inglaterra me figuro que se agolpan a tu imaginación todas las églogas y canciones pastoriles con que nos entreteníamos en nuestros primeros años, y que me pintas en idea, hecho un *Tyrsis* o *Nemoroso*, aunque ya un poco cascado y más a propósito para decidir en las contiendas de los zogaes que para disputarles sus pastoras. Has, pues, de saber que a pocos pasos de mi cabaña vive un mayoral cuyo rústico albergue, labrado tan pocos años ha que aún no está concluido del todo, le ha costado sobre millón y medio de duros; que sus rentas suben de quinientos mil duros al año; y que en cuatro o cinco leguas a la redonda me sería fácil contar una docena de pasto-

◆◆

En el instante en que el hombre se recoge sobre los pasos dados, se conocen más a sí mismos

◆◆

res que pudieran renovar la edad de oro en cualquier parte del mundo.

La verdadera grandeza y magnificencia de Inglaterra está en el campo. El extranjero que quiera ver los palacios de este reino, búsquelos en la campaña y los hallará a cada paso. Quien compare el palacio de Saint James, con las casas de campo de los Lores y Caballeros ricos, se admirará del poco fausto con que viven los reyes de Inglaterra, en especial los de la presente dinastía; al paso que se pasará de la riqueza del pueblo que los reconoce por soberanos. En vano te cansaría con un pormenor de cosas que sólo son para vistas; pero como durante mi residencia se me ha proporcionado no sólo ver de paso varias de las mansiones principales, sino que he pasado algunos días en ellas; procuraré darte alguna idea de la vida campestre que aquí se estila. Firmaba Blanco.

Acudí rápido a las *Cartas de Inglaterra* para situar el fragmento; pero mi amigo me propuso continuar la lectura sin más necesidad de pesquisas que demostrasen mi conocimiento de aquellas letras viajeras. Estábamos cansados y decidimos proseguir nuestro viaje literario al día siguiente, sin precisión de alforjas. Aquella noche caí en la cama agotado, como si hubiese recorrido a pie la distancia que hay entre Pinto y Valdemoro (*).

(*) LISTA DE LOS LIBROS QUE SE LLEVÓ MI AMIGO DE LA BIBLIOTECA:

José María Blanco White, *Cartas de Inglaterra y otros escritos*. Introducción y selección de Manuel Moreno Alonso. Madrid, Alianza Editorial, 1989.

José Cadalso, *Escritos autobiográficos y epistolario*. Prólogo, edición y notas de Nigel Glendinning y Nicole Harrison. London, Tamesis Books Limited, 1979.

José Clavijo y Fajardo, *El Pensador*. Madrid, Joachin Ibarra, 1762-1767, 6 vols., y *Antología de El Pensador*. Ed. de Sebastián de la Nuez Caballero. Islas Canarias, Biblioteca Básica Canaria, 1989.

Leandro Fernández de Moratín, *Viage a Italia*. Ed. de Belén Tejerina. Madrid, Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos, nueva serie, 24), 1988.

Gaspar Melchor de Jovellanos, *Diario*. Ed. de José M. Caso González. Barcelona, Planeta, 1992 y *Obras completas*. Tomo VI: *Diario 1º (Cuadernos I a V, hasta 30 de agosto de 1794)*. Ed. crítica de José M. Caso González, con la colaboración de Javier González Santos. Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII. Ilustre Ayuntamiento de Gijón, 1994.

Laurence Sterne, *La vida y las opiniones del caballero Tristram Shandy. Los sermones de Mr. Yorick*. Traducción de Javier Marías. Madrid, Alfaguara, 1978.

Laurence Sterne, *A Sentimental Journey through France and Italy, The Journal to Eliza. A Political Romance*. Ed. de Ian Jack. London, Oxford University Press, 1968.